## **Enrique Bienzobas**

## Mirada interior a través de la ventana

En torno a ISABEL ALBA: *La ventana*. Editorial Acantilado, Barcelona, 1ª edición marzo 2022.

En la década de los setenta del siglo XX se decía que la novela había muerto. Siguió muy viva. A finales del XX y principios del XXI se decía que la novela había muerto, que era "cosa del pasado". La novela siguió muy viva. Y año tras año volvió la retahíla. Y año tras año la novela siguió muy viva. La novela ni ha muerto ni creo que esté próxima su defunción, la esperan largos años de creatividad. Sobre todo cuando escritores o escritoras dejaron de prestar demasiada atención al tema, a la aventura, a la vida exterior del personaje y convirtieron el interior de sus héroes en la realidad mostrada directa o indirectamente a las lectoras.

Y es que la novela no es, que sí, lo que cuenta; no es, que sí, la maestría del novelista; no es, que sí, el contenido... Es, además de todo ello –incluso ¿por qué no? sin ello—, es belleza. Son aquellos valores que el lector, la lectora, percibe como hermosos. No es necesario que sea la gran novedad, más bien es la conformidad con el sentir de la persona que lee. Y *La ventana* hace que esa lectora o lector pueda mirar dentro, pueda ver esa *habitación cuadrada*. *Pequeña y oscura*. Pero también penetra en el interior de *Ella*, el personaje central.

Desde el ilustre don *Quijote* la novela como género ha ido evolucionando, como no podía ser menos, pues es un *género vivo*. En algunos momentos de su evolución se producen roces entre lo *viejo* y lo *nuevo*, me viene a la memoria *El señor Bennet y la señora Brown*, aquel esfuerzo revolucionario para expresar lo que el autor o autora *realmente* siente y hacérselo sentir a la persona lectora. Aquel esfuerzo que dio paso a *La señora Dalloway*, a *El ruido y la furia...*, aquella revolución de la literatura, de la novela.

Pues bien, leyendo las penalidades de *Ella*, una más de los millones de personas a las que *no se las ve*, aunque sean mayoría y lo más tremendo de todo es que son *las que sostienen al resto*, el lector disfruta de sus figuras literarias, de su mensaje, sufre con el sufrimiento de *Ella*, empatiza con *Ella...*, con su forma, su estructura..., disfruta de la *novela* (también podía haber escrito sin rubor NOVELA), de su arte, de este hecho literario del que ya había dado muestras Isabel Alba en sus anteriores novelas, sobre todo en *La danza del sol*. Uno, es mi caso, siente como siente *Ella*, sufre con su soledad, con su miedo.

La autora, además de hacernos muy grata la lectura mediante su dominio del lenguaje literario (metáforas, anáforas, prosopopeyas, hipérboles...), no se queda ahí, sino que transforma la típica estructura novelística creando poesía tanto en la forma, pues intercala modos propios de la poesía, tal vez inspirados en Emily Dickinson –y yo iría también a *La tierra baldía*, de Eliot–, como con modos propios de la novela, sin que estos últimos estén desprovistos de la propia poesía.

Hoy, ya lejos del mundo matemáticamente unívoco, nos encontramos en esa relatividad que enseñaba Einstein, incluso ni siquiera se cree ya que el universo haya tenido un principio ni que tendrá un fin. Hoy todo es muy complicado y ya no podemos abarcar el conocimiento pleno, si es que alguna vez hubo alguien que lo abarcó. Hoy. El ser humano es —curiosamente regresamos al Humanismo renacentista—, el centro del universo. Y para cada ser humano ese espacio tiene una interpretación.

Ella es la que marca el libre discurrir de su pensamiento, de su sufrimiento, de sus inquietudes. Y nos los ofrece bajo unas formas alejadas de los relatos propios del siglo XIX. Los personajes van surgiendo de la propia congoja de Ella, sin necesidad de presentaciones. Tal vez haya un cierto homenaje a la novela tradicional en el final, cuando la ventana que comparte Ella y sus vecinos, toma venganza, algo que, para

aquellos que como un servidor, hemos ido odiando a esa vecina, nos deja satisfechos. Pero tampoco podemos entenderlo, creo yo, como un final feliz. No, es tal vez esperanzador, pero no se nos va la pena que poco a poco nos ha transmitido *Ella*.

Considero a *La ventana* como el poema intimista de la maldita pandemia. Poema, (en prosa o en verso, como quieran las lectoras), que le ha servido a la autora para mostrar muchas de las debilidades, falsedades y mentiras de un mundo que nunca va a "salir mejor", como nos decían. Y no, vamos a salir peor los que estábamos peor y van a salir mejor los que estaban mejor. Es decir. El mundo sigue y cada uno lo entiende a su manera. Pero *La ventana* nos enseña a respetar cada sentir. ¡Y de qué manera nos lo enseña!

Madrid, mayo 2022